

PRESENTACIÓN

En cuanto a contenido temático y cobertura espacial, este número de *Mesoamérica* ofrece un panorama ecléctico de la región a la que se dedica. Tras haber publicado recientemente las críticas de dos síntesis importantes de la arqueología mesoamericana —las reseñas de Robert M. Carmack de la obras editadas por Richard E. W. Adams y Murdo J. MacLeod en 2000 y por Michael E. Smith y Frances Berdan en 2003—,¹ es oportuno que Juan Pedro Laporte, Héctor Mejía y Jorge E. Chocón complementen el énfasis más conceptual y teórico de Carmack con un refinado análisis empírico de la cuenca del río Chiquibul en el departamento de Petén de Guatemala. Tal como lo aclaran los tres arqueólogos, sus conclusiones solamente son válidas para la mitad de la cuenca del río. Las cuestiones pendientes de resolver entre Guatemala y Belice continúan frustrando los esfuerzos científicos que tratan de trascender las fronteras políticas. En el caso del río Chiquibul, esperamos que algún día la situación permita que el trabajo diligente de Laporte y sus colegas realizado por el lado guatemalteco del río se emule del lado beliceño, puesto que han salido a la luz descubrimientos importantes. Por ejemplo, la densa ocupación de seres humanos a lo largo de 15 siglos revela una secuencia temporal que abarca desde el periodo Preclásico hasta el Postclásico, identificando siete entidades políticas diferentes durante el apogeo del Clásico tardío. El sacar a la luz tan elaborado registro arqueológico no solamente es testimonio de decidida tenacidad bajo condiciones de trabajo difíciles sino también de habilidad en el manejo de circunstancias peligrosas, ya que el departamento de Petén, donde los tres arqueólogos continúan sus excavaciones e investigaciones, es notorio por facilitar el tráfico de drogas, el saqueo de artefactos, la tala ilegal y los asaltos en las carreteras. Tal como fuera hace un milenio, pareciera que el Petén de hoy día estuviera perpetrando otro colapso de la vida civilizada.

¹ En *Mesoamérica* 43 (junio de 2002), págs. 134–139 y *Mesoamérica* 47 (enero–diciembre de 2005), págs. 180–183, respectivamente.

La abundante información que Laporte, Mejía y Chocón extraen de los sitios arqueológicos mayas se equipara a lo que Robert Patch seleccionó y estableció a partir de fuentes archivísticas respecto a las actividades civiles del padre Mateo Cornejo, quien sirviera como cura parroquial en la provincia de San Salvador a finales del siglo XVIII. Antes de la llegada de los bancos tal como los conocemos hoy día, la Iglesia funcionó durante varios siglos no sólo como una institución espiritual sino también financiera. La habilidad económica de muchos miembros del clero se pone de manifiesto con las actividades comerciales de Cornejo, empresario astuto que fue dotado tanto como prestamista estratégico como para predicar la palabra de Dios. Patch nos presenta una descripción fascinante de un Cornejo cuyos recursos no solamente contribuyeron a enriquecer aún más a los privilegiados sino que también vitalizaron la economía de Centroamérica, específicamente la producción del índigo en El Salvador. Conforme el periodo colonial llegaba a su término, las importantes inversiones de Cornejo lo involucraron con toda una serie de actores económicos claves, entre los cuales estaba Juan Fermín de Aycinena, uno de los comerciantes más influyentes y ricos de Centroamérica.

Así como Patch construye un retrato revelador de un hombre y su época, Lowell Gudmundson lo hace para una comunidad entera, específicamente la de San Jerónimo en Baja Verapaz, Guatemala, al final del siglo XIX. Gudmundson se esmera primeramente en crear un contexto matizado, describiendo a San Jerónimo dentro del ámbito colonial como un lugar industrializado cuyos orígenes socioeconómicos provenían del azúcar y de la esclavitud. La hacienda de San Jerónimo, propiedad de los dominicos, era la más grande y lucrativa de la Centroamérica colonial. Después de la Independencia y la abolición de la esclavitud, cuando las propiedades del clero de este tipo se consideraban incompatibles con las ambiciones liberales para la nueva república, los días de la hacienda de los dominicos estaban contados. Hombres de negocios ingleses, asociados al presidente Mariano Gálvez, obtuvieron el control de San Jerónimo a principios del siglo XIX, sólo para ver cómo la propiedad se convertiría posteriormente en parte integral del paisaje y de la economía local, en vez de una empresa comercial viable, autogeneradora y autosostenible. Conforme la hacienda fue evolucionando hasta convertirse en una comunidad hecha y derecha, con tradiciones africanas y afroamericanas notables, su condición de productora de azúcar fue suplantada por su reputación como fuente clandestina de aguardiente. El alcohol y los agravios reprimidos constituyen invariablemente una mezcla embriagadora y explosiva. Gudmundson explora las múltiples tensiones que se daban en San Jerónimo durante la Noche Buena de 1892, analizando lo que ellas nos dicen respecto a la raza, clase social, etnicidad, género y la formación del Estado nación, plagado todo ello, desde un principio, de inequidad, autoritarismo y

violencia. En su artículo cobra vida un colorido conjunto de personajes, tanto gente de bien como delincuentes, dentro de una maraña de complicidad, decepción e intriga en la que el demonio de la bebida desataba las pasiones y un comportamiento caprichoso.

El escrutinio crítico que Patch y Gudmundson ofrecen como registro histórico lo canalizan Ana Lorena Carrillo y Emilio del Valle Escalante al análisis minucioso de dos creaciones literarias del siglo XX: *Latitud de la flor y el granizo* de Mario Payeras y *Pequeña sinfonía del Nuevo Mundo* de Luis Cardoza y Aragón. Van al frente de ambas obras consideraciones de tiempo, espacio, representación cultural y construcción del conocimiento. Carrillo nos muestra a un Payeras innovador en sus interpretaciones de la historia del Nuevo Mundo, a la vez que del Valle Escalante hace lo mismo en el caso de Cardoza y Aragón.

El empuje incisivo que caracteriza a ambos ensayos llega hasta el rigor con el cual los reseñadores de este número evalúan los puntos fuertes y débiles de 16 obras dedicadas al pasado y presente de Mesoamérica, abarcando contribuciones de la arqueología maya, del México colonial, de estudios mayas y mexicanos en general, al igual que de cultura y política. Desde una evaluación de un nuevo catálogo de inscripciones del periodo Clásico hasta el entendimiento de las diferentes maneras de operar de los medios de difusión en Centroamérica, esperamos que, conforme a sus preferencias académicas, los lectores encuentren algo de valor dentro de la sección de reseñas compiladas nuevamente por Jorge H. González.

ARMANDO J. ALFONZO UTRILLA
Plumsock Mesoamerican Studies
S. Woodstock, Vermont, EE. UU.

W. GEORGE LOVELL
Queen's University
Kingston, Ontario, Canadá